

Es indudable que desde hace siglos, Francia nos hace notar la sabiduría con que administra en el tiempo histórico su grandeza espiritual, aun en medio de las más grandes crisis políticas o guerreras, por medio de la virtud de la presencia corpórea de algunas figuras universales. En los últimos tormentosos tiempos, lo hizo a través de dos personalidades en coincidencia con la plenitud genial como patrimonio de todo lo humano. Esas figuras fueron la de Henri Bergson y la de Paul Valéry. Durante algunos años coincidieron sus largas vidas paralelas en la cúspide de los días cumplidos formando parte de la Academia Francesa por encima de los demás integrantes. En la mayor tiniebla política de 1941 se fué Bergson,

no tuvo jamás una sombra. En tal sentido es un legítimo poeta de nuestros días que se incorpora a las potencias clásicas y contemporáneas, como una adquisición incommovible. De modo que nosotros hemos asistido al nacimiento, en la poesía densa y sabia de Europa, de una obra sostenida sobre la pirámide traslúcida del número eterno. Algo así como si de la bruma de la apariencia, constituida y vivida por nuestro existir en un universo dado, que se nos deshace en los momentos, hubiéramos experimentado el goce pocas veces dado a los humanos, de apreciar de pronto la sostenida perfección de una idea platónica realizándose en su conflicto y su destino.

De 1917 a 1943, siguieron revelándose poemas y prosas, con invariables signos y pausas de rigor y profundidad. Antes de morir, como coronamiento de su pensar y poetizar, dejó caer de sus manos lo que justamente los admiradores deseábamos: un **Fausto**, con lo cual enlazamos en la coordenada del espíritu histórico europeo, su tránsito con el de Goethe, su vecino en sabiduría y en genio. ¿Qué actitud adoptar por parte de los contemporáneos ante el vivir o el morir de ejemplares así? Veo sólo una continuidad de perfecciones: nacimiento, obra creada y muerte, son etapas insensibles de una perfección organizada que

soportando con austeridad legítimamente emanada de Sócrates, la infame epopeya del cautiverio de su patria. El encargado de despedirlo en nombre de los inmortales fué Valéry, el único digno de él, sin duda alguna. Después el ido fué Valéry, provocando en las modernas culturas una emoción seguramente comparable a la que siguió a la ida de Bergson ayer, o a la que imaginamos pudo seguir merecidamente a la muerte de Dante o Lucrecio en edades remotas.

La admiración más aisladora y silenciosa, ante la firme clarividencia de una inmortalidad madurada e incommovible, ha acompañado el silencio que inaugura la dorada bóveda para cubrir tan fina y diamantina cabeza. Mientras Bergson era un filósofo, con raíces firmes en las décadas finales del siglo XIX, y su personalidad y su influencia datan desde el primer ensayo o libro que hiciera conocer, y se mantuvo sin un solo descendimiento o atenuación en cincuenta años de pensamiento occidental, Valéry es un plástico surtidor de inmóviles cristales aparecido bruscamente a fines de la primera guerra mundial.

En 1917 se asistió a su sorprendente aparición y desde entonces se constituyó alrededor suyo una atmósfera de grandeza y de pureza que

lancolía finísima, humanidad elocuente. Valéry, en ese sentido, desde hace un tiempo hasta hoy, y en adelante, se eleva más terminado y perfecto de lo que él se vió a si mismo ser. Estamos seguros ahora de que perdurará sin ningún desfallecimiento su arquitectura sonora y grave, de que no se le añadirán los pliegues grises de la capitulación senil, ni las últimas servidumbres de la carne en trance de grisácea caducidad. Lo que creó, ya cumplió su ciclo de perfecciones y profundidades, y ya nadie podrá notarle fallas a su obra de implacable preciosidad mental. Por una vertiente, esa obra se expresa en poesía. Por otra, en prosa y en teatro filosófico y musical. Todas las artes, en sus afinidades últimas, en sus recónditas esencias, la conmovieron y la sostuvieron. Las sacras potencias antiguas, las artes en conjunto, los problemas fundamentales que son el oprobio y el orgullo de los hombres, integralmente inclinados en cinco o seis arquetipos inconfundibles fueron los permanentes motivos que movieron sus ideas.

Ello es lo que se circunscribe en el ámbito de su poesía o de sus tratados y sus discursos. Si se trata de su poesía, ella es de breve órbita en cuanto a caudal contable y expositivo. Tres o cuatro libros de poemas. Su prosa abarcó más:



se cumple en ciclos dotados de armonía y conformidad. La muerte misma es como un desenlace provisorio cuando no una develación brusca para dejar más potente lo destinado a perdurar.

La altitud, la irradiación, la arquitectura, el enriquecimiento de claridades en el detalle y en la obra total, el ajustado ritmo con el tiempo y la historia de los pueblos y de los hombres, la seguridad manifiesta de la obra que tiende a poseer vida infinita y madurez colmada, resumen de tal suerte el destino de este artista, que la muerte aparece obligada a ser nada más que un borroso límite sin relieve ante la permanencia del pensamiento. Uno experimenta el respeto doloroso por la circunstancia del ser carnal que se ha ido en su barca de sufrimientos, pero apenas lo ha hecho constata que la obra perfecta y abundante que deja desmiente el antiguo pavor de lo desconocido y el horror consustancial de lo que habitualmente irá a lo indiferente o ignoto. La inteligencia y la belleza borran con mano rápida los huecos del paso de la muerte. O mejor, ésta no deja huella de su andar por la diafanidad del canto o de las ideas en el espejo del estilo.

El detalle de la ausencia corpórea es un adorno más en la obra creada: se suma a las perfecciones legítimas, le agrega severa majestad, me-

las meditaciones sobre la poesía y las artes, las colecciones de variedades, la dialéctica abismal sobre Leonardo y los filósofos o sobre metafísica de lo poético, los aforismos, las ocurrencias vagamente precisas e intencionadas, fragmentos de radium poético, en el seno de una atmósfera de medidas socráticas o en ilustres diálogos según las experiencias platónicas. Experimento visible contrariedad ante estos fragmentarios registros, porque Valéry es muchísimo más que la enumeración y la lectura, la comprensión y el sentimiento de su vida y de su obra.

No lo podemos poseer aún en su pleno ser y al mismo tiempo se halla integralmente en un solo verso. Se nos irá y nos desbordará apenas hayamos creído, con vanidad legítima y orgullo sereno, haberlo comprendido. No hemos sentido su muerte porque su inmortalidad estaba ya descontada al conocerlo apenas se reveló en 1917. Quedóse impasible ahora; más saturado de promesas y seguridades que nunca. De su vivir diremos que hizo una obra paralela a la que dejó en el hermetismo de las palabras. Así lo transparentan los notas confidenciales de André Gide, en cuanto a lo íntimo, y en cuanto a la actuación pública y humana, se identificó con la Europa que fluye de la inteligencia de Minerva y de Só-

crates. No vaciló jamás. Acompañó desde su grandeza el cuerpo de la Francia inmutable que se sostuvo bajo el estupor del desastre, juntos defendiendo y enalteciendo el pudor infinito del heroísmo mental y la vida del pensamiento creador de formas eternas.

Julio de 1945

Emilio Oribe.